

El general español le hizo algunas preguntas respecto al sangriento suceso de la nobleza. Alvarado explicó el motivo que tuvo para dictar la providencia contra ella. Hernan Cortés comprendió, desde las primeras palabras, que la imprudencia había dictado la trágica escena, y profundamente indignado de la conducta de su lugarteniente, le dijo con marcado enojo: «Habeis obrado muy mal: vuestro proceder ha estado en pugna con la justicia, y habeis procedido en todo con inconcebible ligereza» (1). Y lleno de amargura y de disgusto, le volvió la espalda, y se alejó sin esperar contestacion.

Hernan Cortés podia haber dicho entonces, con razon, aquellas palabras que otro general moderno pronunció mas tarde, al saber la pérdida de una batalla dada por uno de sus generales: «Yo no puedo estar en todas partes.»

Si las circunstancias hubieran sido menos comprometidas, sin duda que le hubiera aplicado un castigo bien severo; pero no era aquel el momento á propósito para ejercer inflexible justicia. Se hallaban todos amenazados de un inminente peligro, y no creyó que era prudente ponerse en pugna con uno de los capitanes mas valientes y populares de su corto ejército. Se hallaban encerrados dentro de un círculo de numerosos escuadrones, y eran precisos los esfuerzos de todos para romperlo por alguna parte y salvar la vida.

(1) «Le dijo muy enojado, que era muy mal hecho, y grande desatino, é poca verda.»—Bernal Diaz.

## CAPITULO XII

Hostilidades de los mejicanos contra Cortés.—Asaltan los cuarteles españoles.—Cuitlahua, hermano de Moctezuma dirige los ataques.—Varios combates en las calles.—Salva Cortés á Andrés del Duero.—Moctezuma habla al pueblo y recibe una pedrada.—Nuevos combates.

**1520.** Todo el dia de la llegada de Cortés fué del regocijo para los soldados de Pedro de Alvarado, que se creian libres de nuevos asaltos, y al noche la pasaron entregados al reposo de que no habian disfrutado hacia mucho tiempo.

Al brillar la luz del nuevo sol, y correr las primeras horas del 25 de Junio, Hernan Cortés subió á la azotea del edificio y dirigió la vista hácia distintos rumbos de la ciudad.

La soledad seguia reinando en las calles, lo mismo que en los momentos de su entrada. Ninguna canoa cruzaba por los canales conduciendo víveres, y los

mercados se hallaban sin gente. Esto llamó fuertemente su atención y le hizo temer que se renovasen las hostilidades. Los bastimentos que había en los cuarteles eran ya pocos, y se necesitaban muchos para mantener las nuevas tropas. El general español envió un recado á Moctezuma, diciéndole que mandase que los comerciantes concurriesen como siempre á la plaza, y que ordenase proveerle de suficientes víveres. El monarca azteca dió las órdenes necesarias para obsequiar los deseos del jefe castellano; pero nada alcanzó. Los mercados y las calles seguían solitarias y nadie apareció con bastimentos para soldados.

La inquietud de Cortés creció con esa conducta misteriosa que le revelaba hostilidad. Llegó á sospechar que no había en Moctezuma buena disposición en servirle, y se manifestó disgustado. Había esperado hallar un recibimiento amistoso, y se encontraba desairado y desatendido. El mal humor fué en aumento al ver que ni aun el forraje que había pedido para los caballos llegaron á proporcionarle.

En aquellos momentos en que la carencia de lo más preciso para él y su ejército le tenía profundamente disgustado, se presentaron á él dos nobles enviados por Moctezuma, suplicándole, de parte del monarca, que pasase á verle, pues deseaba hablarle. Hernán Cortés, contra su carácter y su costumbre, no pudo reprimir el enojo que sentía de verse contrariado, y exclamó, dirigiéndose á sus oficiales: «Nada tengo que ver con ese perro, que trata de que muramos de hambre.»

Palabras extrañas en boca de Cortés, que jamás infería la menor ofensa á nadie, y que profesaba un

verdadero aprecio al monarca azteca. Los capitanes Juan Velazquez de Leon, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila y Francisco de Lugo, trataron de calmar su cólera, manifestándole que no era culpable Moctezuma de la actitud hostil del pueblo. «Ved que sino por su bondad y cariño,» dijo el primero, «todos hubiéramos perecido ya: él ha contenido siempre el brazo del pueblo, dispuesto para darnos guerra, y no se ha ocupado de otra cosa que de colmarnos de beneficios» (1).

Como acontece generalmente en esos momentos en que el hombre está dominado por la ira, el general español sintió crecer su enojo con la observación hecha. «¿Qué consideraciones debemos guardar con ese perro,» replicó, repitiendo el ofensivo epíteto, «que nos traicionaba con Narvaez, y que ahora trata de que perezcamos de hambre?» Luego dirigiendo por medio de sus intérpretes la palabra á los enviados de Moctezuma, les dijo: «Decid á vuestro soberano que mande abrir las tiendas y mercados, porque de lo contrario yo haré que los abran.»

El historiador D. Antonio Solís se resiste á creer, teniendo en cuenta la moderación y comedimiento que distinguían á Cortés, que profiriese la despreciativa palabra que referida dejó, y se muestra indignado contra Bernal Díaz, porque la trae, censurando á la vez á D. Antonio de Herrera que acepta lo que el bravo veterano consignó. Sensible es que el señor Solís no aduzca más pruebas que la de su particular opinión.

(1) «Señor, temple su ira, y mire cuanto bien y honra nos ha hecho este Rey destas tierras, que es tan bueno; que si por él no fuese ya fuéramos muertos y nos habrían comido, é mire que hasta las hijas le han dado.»—Bernal Díaz. Historia de la Conq.

para contrariar lo que asegura el franco soldado que presenci6 los hechos, y que disfruta en el mundo entero la bien adquirida reputacion de veraz. Entre el particular parecer del uno y la afirmacion del que se hallaba en el sitio de los acontecimientos, la razon, la justicia y el deber aconsejan, que el historiador siga al segundo, que hacia verdaderas fotografias de sus compaÑeros, presentándoles con sus bellezas y lunares, que no admita la opinion del primero, á quien los escritores nacionales y extranjeros han declarado panegirista del héroe de su historia.

Hernan Cortés, por grande que fuese, como realmente fué, y yo soy el primero en admirar sus extraordinarias dotes, era al fin hombre, y no podia estar exento de toda debilidad, como pretende el elocuente cronista real de América. Las circunstancias en que se encontraba eran criticas. Se veia chasqueado en sus esperanzas; sin bastimentos para su gente; con la poblacion en actitud alarmante; con mayores dificultades que al principio para lograr su empresa, cuando la habia considerado alcanzada; y todo esto que «contrariaba sus pensamientos,» dice el bravo Bernal Diaz, «le tenia muy airado, triste y mohino» (1).

Es preciso tener presente, además, que el epíteto referido, se aplicaba frecuentemente por los cristianos á los que profesaban otra religion, como sucedia con los mahometanos y judíos. No es de extrañarse, por lo mismo, que en medio del disgusto, fuese pronunciado por Cortés entre los suyos, cuando no estaba delante la

(1) Bernal Diaz. Hist. de la Conquista, cap. CXXVI.

persona á quien lo aplicaba, y estaba en la creencia de que los enviados no entendian.

Los nobles aztecas, enviados por Moctezuma, aunque no entendian el castellano, comprendieron por el acento y el aire indignado que notaron en el jefe español que se habia expresado mal del soberano, y salieron de su presencia resentidos. Dominados por el sentimiento de que se hubiera ofendido á su monarca, refirieron lo que les habia encargado Cortés, sin que le quitasen á las palabras nada de su fuerza, añadiendo en seguida lo que imaginaron que habia proferido al hablar á sus capitanes. Moctezuma sintió la ofensa y se propuso permanecer mudo espectador de los sucesos que se esperaban.

El jefe español habia enviado, entre tanto, un mensajero con una carta á la Villa-Rica, dando noticia al comandante de ella, de su entrada en la capital y de haber encontrado con vida á Pedro de Alvarado y sus compaÑeros. El mensajero parti6 con toda velocidad, á fin de llegar pronto al puerto; pero á la media hora de haber salido de los cuarteles, volvi6 herido y fatigado, cubierto de sangre y de sudor. «Todos los habitantes de la ciudad, dijo á gritos, están armados y vienen sobre los cuarteles; millares de escuadrones llegan por las calzadas, y los puentes se encuentran levantados.» No era exagerado el aviso. Hernan Cortés subi6 á un punto elevado del edificio, y vi6 las calles cubiertas de guerreros que avanzaban por todas partes y coronadas las azoteas de indios armados de flechas y de hondas (1).

(1) «El cual mensajero volvi6 dende á media hora, todo descalabrado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad venian de guerra,

El jefe español mandó que el tambor y el clarin tocasen al arma, y, como movidos por un resorte, merced á la estricta disciplina y vigilancia que hacia observar á sus tropas, los soldados se hallaron instantáneamente en sus respectivos puutos, dispuestos á recibir á sus enemigos.

El palacio de Axayacatl, que ocupaban los españoles, era segun lo tengo ya descrito, un conjunto de edificios de piedra tezontle, con un solo piso, excepto en la parte del centro en que se levantaba otro, aunque no muy elevado. El edificio contaba con un espacioso átrio que le rodeaba por todas partes, y el cual se veia circundado por un espeso muro con algunas torres. Aunque no podia considerarse como un punto fuerte, ofrecia, sin embargo, bastante solidez para resistir á las imperfecciones máquinas que usaban los indios cuando trataban de derribar alguna muralla. La artillería la tenia colocada Hernan Cortés en troneras, que habia mandado hacer en el muro, asomando la boca de los cañones hácia todas las calles por donde se pudiera presentar el enemigo. En las torres de la muralla y á los lados de los cañones, puso parte de los arcabuceros y ballesteros: el resto de los soldados de esas armas, los situó en otros puntos con los soldados de espada y rodela, teniendo dispuesta la caballería en los patios, para el caso de que fuese conveniente salir á dar una carga sobre los contrarios. Las fuerzas tlaxcaltecas, que ascendian á ocho

y que tenian todas las puentes alzadas; é junto trás él da sobre nosotros tanta multitud de gente por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecian con la gente; la cual venia con los mayores alaridos y grita mas espantable que en el mundo se puede pensar.»—Seg. carta de Cortés.

mil hombres, ocupaban el átrio que rodeaba el palacio de Axayacatl, donde se habian construido habitaciones de tablas, á fin de ponerles al abrigo de la intemperie.

No bien se habian colocado los soldados en sus respectivos puntos, cuando se escucharon los horribles alaridos y el espantoso ruido de los instrumentos de guerra de los numerosos batallones aztecas.

El jefe que se hallaba al frente de las tropas mejicanas y que habia levantado la bandera de esterminio contra los españoles, era Cuitlahua, señor de Iztapalapan y hermano de Moctezuma. Siempre se habia manifestado contrario á la recepcion de los hombres blancos; y varias veces aconsejó al preso monarca azteca, que le permitiese levantar sus ejércitos para sacarle de la prision en que le tenian. Preso, cuando se le creyó en conivencia con Cacamatzin, rey de Texcoco, sintió aumentar su encono contra los extranjeros; y cuando alcanzó la libertad, su primer pensamiento fué levantar al pueblo para arrojar del pais á los invasores. Cuitlahua era valiente, decidido, de capacidad militar, tenaz en sus empresas, y celoso defensor de sus dioses y de su religion. El pueblo, apreciador de las buenas cualidades que le distinguian, le queria y respetaba. Era el presunto heredero de la corona azteca, y esto, agregado á la circunstancia de ser hermano del monarca, le daba un influjo notable en el ejército, en la nobleza y en las masas. Los habitantes de la ciudad y de los pueblos cercanos, al ver sin libertad á su rey, le recibieron como al representante legítimo del preso monarca, y le eligieron para que desempeñase el cargo de supremo jefe de la nacion, durante el tiempo que permaneciese el soberano en los cuarteles españoles. Cuitlahua,

animado de un noble sentimiento patriótico, aceptó el honroso puesto, y se propuso no descansar hasta conseguir el triunfo sobre los españoles.

Moctezuma ignoraba la elección hecha por el pueblo en su hermano; pero temia que prolongándose su prisión, llegase á suceder, privándole á él de toda su autoridad.

El valiente Cuiclahua, deseando hacer prisionero al caudillo castellano con toda su fuerza, lanzó sus ejércitos sobre los cuarteles, dirigidos por sus más acreditados y valientes capitanes. El ataque fué espantoso. Los numerosos escuadrones, desplegando al viento sus vistosos estandartes, dando atronadores gritos, y al son de los tambores, de los atabales y de los caracoles marinos, avanzaban hácia la muralla con velocidad extraordinaria. Al encontrarse á pocas varas de distancia, redoblaron sus alaridos de guerra y se arrojaron al asalto con espantosa furia. Los guerreros que coronaban las azoteas de los edificios que rodeaban los cuarteles, lanzaron entonces dentro de los cuarteles, para ayudar á los asaltantes, una lluvia de piedras, de flechas y de saetas, que cubrió el pavimento, impidiendo andar á los soldados (1). Los españoles recibieron á los asaltantes con sus cortantes espadas y arcabuces, haciendo un horrible estrago en ellos y obligándoles á retroceder. Inmediatamente se presentaron nuevos escuadrones, como brotados de la tierra, que se dirigieron con igual denuedo hácia la muralla. Las tropas de Cortés esperaron tranqui-

(1) «Y eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro de la fortaleza, que no parecia sino que el cielo las llovía, é las flechas y tiradoras eran tantas, que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellos.»—Seg. carta de Cortés.

las el enemigo, y cuando llegaron á distancia de los varas del cuartel, dispararon á un tiempo toda su artillería, acompañada de un fuego nutrido de arcabuz, que destrozó las filas de los intrépidos aztecas, dejando las calles cubiertas de cadáveres (1). Los mejicanos se miraron unos á otros irresolutos de lo que debían hacer. Era la vez primera que veían los estragos que causaban las armas de los hombres blancos, y suspendieron su avance. Pero aquella detención fué instantánea. Resueltos á vencer ó morir, esgrimieron sus flechas y macanas, y se dirigieron con impavidez al asalto. Otra nueva descarga, abriendo inmensos claros en sus escuadrones, les obligó á detenerse otro instante, viéndose precisados, por último, á retroceder, al sufrir, por tercera vez, un fuego nutrido de cañon y de arcabuz. Sin embargo, no retrocedían para abandonar el combate, sino para reunirse con nuevos escuadrones y continuar la lucha. Comprendiendo Cortés que si continuaba á la defensiva podría el enemigo cobrar mayor audacia, creyéndole débil y temeroso, dispuso una salida. Colocó á Diego de Ordaz á la cabeza de doscientos hombres, y poniéndose él al frente de otros doscientos, acometieron, por dos partes, á los batallones que avanzaban de nuevo sobre los cuarteles. Los mejicanos, después de resistir el choque con valor y de

(1) «Luego sin tardanza se juntaron los mejicanos, en gran copia, puestos á punto de guerra, que no parecia sino que habían salido debajo de la tierra todos juntos, é comenzaron luego á dar gritos y pelear; y los españoles les comenzaron á responder de dentro con toda la artillería que de nuevo había venido, y los españoles hicieron gran destrozo en los indios, con la artillería, arcabuces y ballestas, y todo el otro artificio de pelear.»—Sahagun. Hist. de Nueva-España, MS.